

RESPUESTA DE JOSE EUSTASIO RIVERA A EDUARDO CASTILLO

El Tiempo, 29 de noviembre de 1921.

Bogotá, noviembre de 1921

Señor don Eduardo Castillo — P.

Eduardo: Al periodista que me interrogó en Barranquilla sobre la verdad que hubiera en el censurado reportaje de *Mundial* le contesté:

“No fui reportado; de haberlo sido, yo mismo habría escrito las contestaciones que estimara prudentes. El señor Sánchez, literato de mérito, después de una charla incidental que tuvo conmigo, falseó algunos de mis conceptos, y, de buena fe, los lanzó a la publicidad. Como por lo trivial del asunto, por razones de salud y por la premura del viaje a México no rectifiqué la entrevista, me hago responsable de sus consecuencias”.

Tú fuiste, según me cuentan, el que primero dio gritos de alarma por las “ofensas” inferidas a la intelectualidad colombiana. Y, puesto que me advierten que ardes en ímpetus de combate, has de saber que no solamente me hago reo del texto del reportaje, sino que lo agravaría en determinada forma si así pudiera darte mayores bríos. Con todo, me permitirás estas salvedades: fui donde el señor Ministro del Perú en Bogotá a pedirle prestados algunos libros de literatos jóvenes de su país. El señor Oliveira conversó extensamente conmigo acerca de la nueva literatura peruana, y me manifestó que por no tenerlas aquí, sentía pesar de no darme las obras de varios compatriotas suyos. Eso fue lo que dije. No he dicho que Silva se matara por la pérdida de manuscritos. No he dicho que López me visitara, ni que sea tendero, ni que yo, parnasiano. No he dicho que Eduardo Castillo es un “gran” poeta. Tú sabes que esto último no lo he pensado jamás.

Después de estas declaraciones, ¿quieres decirme qué debo hacer para infundirle a mi ánimo el temor y la contrición? ¿Cuáles son los dioses nuevos que podrán perdonarme? Desconfío de mi ventura, porque si entrara al recinto en donde están las ofendidas efigies, y arrodillándome ante ellas levantara los brazos en señal de súplica, mis manos llegarían hasta sus cabezas. Todas estas deidades están a mi altura, a todas les podría pellizcar la nariz.

No sé por qué, al pensar en mis culpas, me viene a la mente la similitud que hay entre nosotros y las “cañabravas”, ruidosas, enclenques y huecas; colocadas en los claros del bosque, al menor vientecillo promueven escándalo, en tanto que los árboles superiores permanecen reposados y mudos.

Pero, ¿de veras habré ofendido en el Perú la dignidad de las letras nacionales? ¿A tanto alcanzo yo, que con cuatro palabras comprometo y desvirtúo su valor intrínseco? ¿Qué clase de literatura sería la que —viviendo del favor público— se deshiciera, como el alfeñique, con el más ligero rocío? Ya comprendo: todo lo que has dicho en tu artículo de *Cromos* es una sátira general, intencionada pero benéfica.

En este punto estoy contigo: Es preciso asentir en que —descontados los casos excepcionales— vamos perdiendo la noción de las proporciones, no tanto por vanidad como por candor. Todavía creemos en nuestra condición sobrenatural de poetas y artistas, y convencidos de que, literariamente, somos ciudadanos principalísimos de la Atenas Suramericana, la de Caro, Cuervo, Isaacs, Fallon, Pombo, se nos ocurre pensar que, desaparecidos ellos, hemos surgido para remplazarlos, sin que el cambio le menoscabe a Bogotá la soberanía mental de otros tiempos. Y aspiramos a que esta necedad inocente se propague por todas partes y llegue a convertirse en creencia de propios y extraños.

Siendo los “atenienses” de hoy, reclamamos atributos iguales a los de nuestros antepasados, si no mayores. Todos pertenecemos a una casta olímpica, que, pomposamente, se denomina la de los intelectuales; ninguno acepta elogio que no equivalga a la consagración suprema; todos somos grandes *poetas*, excelsos *artistas*, celebérrimos *escritores*. Hasta el aparecido de ayer, que para congraciarse la benevolencia de los sumos sacerdotes les dedica sus abortos rimados, sufre ofensa íntima si se le dispensan medidas voces de aliento, porque no quiere estímulos sino apotheosis. Literatos sin libros, creadores sin producción, genios de obras que nadie conoce, jugamos a los super-hombres como los niños a la gallina ciega, y cada uno da lo que recibir quiere: tú me aplaudes para que yo te glorifique; aquel me admira, para que lo ensalce; éste me pondera para que lo endiose, y de esta suerte aislados de la realidad, en el ocio poético, inventamos una especie de beatitud lírica y vivimos en ella orondos, despreciativos, inmortales.

La manía del elogio nos mejora de condición y ascendemos de consagrados a pontífices, con jurisdicción sobre los vivos y sobre los muertos. Recuerdo el caso de Silva. ¿Quién no dice haber sido su amigo íntimo, su asesor, su fuerza en los desfallecimientos, su faro en la oscuridad de la incompreensión pública? ¿Cuáles fueron entonces los que no le apreciaban, los que lo apodaron "la señorita", los que hicieron mofa del *Nocturno*? A juzgar por lo que ahora se dice, Silva no vivió aislado ni incomprendido; más bien podría pensarse que el poeta, velado por el incienso de los turíbulos, era como los incendios lejanos, en que no se ve la llama porque la humareda la cubre.

Hoy la reacción impone un procedimiento nuevo. Está de moda matricularse a ciegas en la escuela de la admiración. ¡Ay del que no lo haga! ¡ay del que se atreva a insinuar un reparo! ¡Como si la obra del verdadero poeta quedara sometida a las oscilaciones de la opinión tornadiza! ¡Como si ahora, aceptando que yo hubiera dicho en Lima cosas demoledoras contra José Asunción, pudiera el bardo derrumbarse de su pedestal, por culpa de indiscreción o de estupidez! No, amigo; la belleza es inmortal, y el que tope con ella o le dé vida, vivirá tanto como su obra. Mas ninguno está obligado a injertarse en la personalidad literaria de los muertos ilustres para medrar a costa de ellos, como acontece con Silva, a cuyo amparo han querido formarse algunas celebridades, pegándose al zócalo del poeta los aduladores, como los mariscos al casco de la nave indefensa.

Pasando a otra cuerda, ¿fuiste sincero en la reprimenda de *Cromos*? ¿En verdad te parezco egoísta y vano? ¿Por qué? Después que Rasch Isla, transcribiendo un párrafo de carta mía, hizo la aclaración necesaria, ¿qué razón quedaba para que dudaras de mi seriedad? ¿Debí pronunciar una o dos conferencias en Lima? ¿Para continuar la tradición del elogio? ¿Para encumbrarte, acaso? ¿Dónde está tu obra, cómo se llama, dónde se consigue? Mi ignorancia te ignora. Sé de memoria algunos versos que llevan tu firma, y con ellos y otros de Liévano, de Céspedes de Seraville, de Rasch Isla, halagué el oído de varios caballeros limeños en una fiesta de familia. No tuve más oportunidad de hacer la "propaganda intelectual", pues, aunque te parezca increíble, en Lima reparten la vida entre diversas actividades, y, sin olvidar las letras, tampoco puede decirse que sólo en ellas piensen. Si revisas la nutrida nómina de aquellas festividades espléndidas, notarás que estuvieron proscritos las recitaciones, los juegos florales, las sesio-

nes solemnes de las academias. ¡Vaya que eres guasón y maleante! ¿Con que yo, para desempeñar bien mi cargo diplomático, debí escabullirme del programa oficial a que estaba sometido, y levantar tribuna laudatoria, a tiempo que los oyentes se divertían? ¡Mereces un tirón de orejas! Ese modo de hacerle honor a Colombia habría sido, sin duda, pintoresco, pero inoportuno.

Y tú, que desde hace algunos años, los suficientes para no pertenecer a mi generación literaria, eres algo así como el gerente de la celebridad, y colocándote en los umbrales de periódicos y revistas expides pasaportes para la gloria, ¿olvidaste ya que las credenciales que en diversas épocas me remitiste se debieron, no a solicitud mía, sino a generosidad excesiva de tu imaginación? ¡Qué conceptos tan halagadores pusiste en ellas! Tienes razón en suponer que vivo orgulloso y ensoberbecido. Pero afirmar que en países extraños, en la culta, elegante y fastuosa Lima, pude seguir sintiendo el vértigo de las alturas donde me colo- caste, es creer, también vanidosamente, que tus elogios son capaces de mudar la condición natural de un hombre sencillo, quien, no obstante la torpeza que le reprochas, tiene cordura y discreción suficientes para no ponerse en ridículo.

¿Por qué me enrostras que no soy el primer poeta joven de Colombia, cuando tengo prelación en este convencimiento? Tú eras uno de los camaradas que se resentían por mi desgano de publicidad y cuyos consejos me decidieron a editar mi primer ensayo. Si mis versos, que según parece eran buenos antes de mi viaje a Lima, ya no lo son a mi regreso, es claro que no tengo culpa ni me corresponde parte ninguna en las equivocaciones. A nadie le pedí juicios, de nadie imploré consagración. Los engañados acerca de mi obra son otros, yo no: sé cuánto me falta, sé a cuánto aspiro. De ahí mi esquivéz al exhibicionismo, mi tibieza por lo pasajero y lo convencional. Sin ser poeta de profesión, adelanto, paralelamente a mis versos, la obra de mi propia vida. Todo lo debo a mi esfuerzo, y tanto me place escribir una estrofa como trepar una línea en la escala de los hombres que quieren ser útiles a la sociedad y a la patria, mediante el trabajo y la corrección cívica. Ni paraísos artificiales, ni halagos del mundo bohemio, ni éxitos en veladas, ni laureles implorados figuran en mi carrera. Y eso que me han ofrecido también coronas de lata, destinándome, por anticipado, el primer premio de unos juegos florales, y rechacé el "triunfo".

Has de saber que, si he vivido dentro de la comedia, jamás he desempeñado papel; "primer" poeta, "genial" artista, "estrella" de primera magnitud. Estas palabras, como las piruetas de los payasos, causan risa y dolor, y sólo pueden disculparse en gracia de la sinceridad con que nuestros amigos nos las digan. Veinte años más le pido a la vida para merecer honradamente el solo título de poeta, cuando pueda decirle al público: "Aquí están mis obras, aquí devuelto a la Patria, en arte nacional, lo que de ella recibiera en inspiración". Mientras tanto, poco me importan las categorías, por honrosas que te parezcan.

Convéncete de que el hombre que, por haber luchado, conoce cuán avaro es el éxito y cuánto esfuerzo cuesta, no el aplauso de los demás, sino la restringida satisfacción interior, tiene nociones clarísimas de la relatividad, y nunca sueña el alcanzar durante la vida efímera la cúspide que huellan los genios, por don raro y divino. ¡Qué ironía la que para mí encarna el dictado de "gran" poeta! No lo solicito, ni lo quiero, y aunque me lo dieran, mi propia conciencia se resentiría. ¡Llevar yo el calificativo que es corona en Hugo, nimbo en el Dante, cetro en Shakespeare! ¿Qué opinas tú de semejante cosa? Aunque me dieran una lanza de nueve metros y me llamaran Aquiles, no por eso me convertiría en el paladín homérico: me faltaría la pujanza invicta. ¡Héctor agonizante a mis pies, y los dioses huyendo ante mi armadura!

Ya ves cómo, mañosamente, has logrado que yo hablara de mí propio en esta carta. Ella te servirá mañana para acreditar mi soberbia. Si llegásemos a contender, y mi dardo se hincara en tu persona, sentiría en mi alma profundo pesar de haber perdido la puntería, porque mi blanco es el escritor y no el hombre. Procura imitarme en esto, que así te curarás en salud.

Mientras tanto, si no te corre demasiada prisa, voy a leer las críticas de *Gil Blas*, por si topare algún reclamo que hacer.

Hasta luego.

José Eustasio Rivera